

La Evangelización y las Culturas en América Latina*

Gustavo Adolfo Soto-Valverde**

Introducción:

La cuestión de la evangelización y su relación con la cultura y las culturas en América Latina es, sin duda, uno de los temas que más polémica ha generado dentro del controversial y discutido Quingentésimo Americano.

Diversas y hasta contradictorias tesis se han esgrimido al respecto. Para unos, la llegada del Evangelio a la América Latina de hace quinientos años fue una fasta porque destruyó culturas que, tales cuales fueron, deberían seguir existiendo en el mundo de hoy. Para otros, esta llegada del Evangelio fue, simple mente, un elemento más que se agregó a las visiones del mundo de aquellas culturas entonces existentes. Y hay quienes afirman que la presencia del Evangelio y su difusión a través de la evangelización, tanto en la América Latina de entonces como en cualquier otro lugar del mundo, es de por sí, y lo será siempre que se haga, una suplantación de modelos culturales, es decir, será siempre la imposición de una determinada cultura sobre las demás.

Nosotros, en cambio, afirmamos que la evangelización en Latinoamérica no se puede valorar con semejantes criterios. Por el contrario, sostenemos que el proceso evangelizador fue la asunción existencial, la encarnación en los pueblos americanos, de unos valores y unas verdades trascendentes, que, al ser asumidos, propiciaron, junto con otros factores no menos importantes el

nacimiento de una nueva y decisiva cultura, que está a la base del ser de la identidad latinoamericana del presente. Que haya habido destrucción e imposición de modelos culturales, eso no lo discutimos ni lo cuestionamos. Pero que ello fuera efecto mismo, la evangelización con la destrucción cultural y la dominación de un pueblo sobre otro, es lo menos serio y lo más pobre que se puede hacer al respecto.

Para abordar adecuadamente el tema y mostrar los argumentos que sostienen nuestra tesis, seguiremos este orden: primero, trataremos la cuestión de las relaciones entre la evangelización, la cultura y las culturas; segundo, nos referiremos a la realidad latinoamericana del presente en cuanto efecto de lo acontecido hace cinco siglos; y tercero, analizaremos en un caso histórico particular el efecto concreto de aquellas relaciones.

1. La evangelización, la cultura y las culturas:

En la *Evangelii Nuntiandi*, Pablo VI puntualiza de una manera brillante las relaciones entre el anuncio del Evangelio, la cultura y las culturas. Escribe: "*Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad...*" (n. 18). De lo que se trata es de "*evangelizar—no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen estos términos en la 'Gaudium et Spes', tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios*" (Dt. 20).

* Ponencia en la Mesa Redonda "La Misiones en América" con ocasión de la celebración del Quingentésimo Americano. Patrocinaron la U.A.C.A. y el Instituto Costarricense de Cultura Hispánica. San José, 5 de octubre de 1992.

** Filósofo, Profesor de Teología e Investigador de la Historia. Maestro Catedrático de la U.A.C.A. y profesor de la Universidad de Costa Rica. Autor de varias publicaciones.

Siendo ello así, es evidente que “*el Evangelio, y fundamentales de la nueva identidad cultural consiguiendo la evangelización, no se identifican latinoamericana que comenzó a formarse hace ciertamente con una cultura*”, sino que “*son quinientos años. Con toda razón, pues, Juan Pablo II ha escrito que “los frutos de la primera evangelización se han ido afianzando con el correr de los siglos y son característicos del catolicismo del pueblo latinoamericano, que brilla también por su profundo sentido comunitario, su anhelo de justicia reino que anuncia el Evangelio es vivido posocial, su fidelidad a la fe de la Iglesia, su profunda y profunda hombres profundamente vinculados a una cultura y piedad mariana y su amor al Sucesor de Pedro” (CE, la construcción del reino no puede menos de tomar. 8), los elementos de la cultura y de las culturas humanas” (idem).*

El Evangelio trasciende las culturas. Está por encima de ellas. Pero en la acción evangelizadora penetra hasta el fondo las culturas, se “inculturiza”, enriqueciéndolas, elevándolas, haciéndolas más plenamente humanas, porque, como bien ha afirmado Juan Pablo II “*el Evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto a las culturas, a cuanto hay de bueno en cada religión*” (AM, n. 3). Por el contrario, la acogida de Evangelio en una determinada cultura no solamente supone la introducción de un nuevo y precioso elemento en su estructura, sino que, también, es la siembra de una semilla destinada a germinar y desarrollarse en su seno, haciéndola capaz de producir nuevos y generosos frutos (crf. EM, n. 5).

Esta riqueza que aporta el Evangelio, y por consiguiendo la evangelización, en su relación con la cultura y las culturas, se refleja precisamente en la evolución que, por su misma naturaleza, van teniendo las culturas. La atenta apreciación, cuantitativa y, sobre todo, cualitativa, de esta evolución, permite medir el grado en que los valores evangélicos han penetrado en las culturas. Este proceso de “*inculturación*”, medible, no conlleva en lo absoluto, ni la destrucción ni la suplantación avasalladora de un determinado modelo cultural. Por el contrario, como lo ha expresado hermosamente el Concilio Vaticano II la **Lumen Gentium**, la evangelización “*no disminuye el bien temporal de ningún pueblo; antes bien, fomenta y asume, y al asumirlas, purifica, fortalece y eleva todas las capacidades, las riquezas y las costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno*” (n.13).

Los obispos de América Latina, en el **Documento de Puebla**, también insisten en este carácter universal y trascendente del Evangelio, más allá de cualquier modelo cultural; pero, sobre todo, insisten vigorosamente en que la evangelización es un proceso de asunción existencial, por cada pueblo y cada cultura, de la Buena Noticia del Evangelio (crf. n. 385 ss).

En esta conmemoración del V Centenario, tenemos que leer nuestro pasado con estas categorías. Y hay que hacerlo así porque el estudio desapasionado y objetivo de estos cinco siglos patentiza, sin ambages, que la evangelización, por encima de cualesquiera dolorosos enfrentamientos culturales, penetró en los hombres y los pueblos de estas tierras, hasta convertirse en uno de los pilares

2. Un pueblo nuevo:

La América Latina del presente es un pueblo nuevo, que comenzó a existir hace quinientos años. Ya no existen, tales cuales fueron, las culturas autóctonas amerindias. Tampoco es Latinoamérica una réplica de la España de hace cinco siglos. Lo que hoy somos no existió hace quinientos años: no es ni la España ni la América de aquel entonces. Lo que hoy somos es una realidad nueva, diferente, con aciertos y problemas, con luces y sombras, pero ciertamente otra realidad. Algunos añoran realidades culturales pretéritas. Otros sueñan *con lo que pudo haber sido y no fue.*, pero la Historia, que es vida, cambio, evolución continua, con su incesante dinamismo transforma hombres y pueblos: hace que las culturas cambien y que las unas vayan sucediendo a las otras, generándose siempre, a veces de maneras dolorosas, nuevas y diversas formas culturales.

La llegada de los españoles a tierras americanas marcó decisivamente la historia de estos pueblos. Pero, como se ha escrito con todo acierto. “*lo que luego sucedió nadie lo sabe completamente. Nació la discordia y se sembró el odio entre unos y otros. Miles de libros se han escrito sobre lo ocurrido en estos quinientos años. Miles de libros y ninguno contienen la verdad. Nadie puede negar que fue mucho lo bueno que nos llegó de Europa. Pero nadie puede negar que también se regaron ríos de sangre y de lágrimas. Que el dolor fue tan grande que llegó a enmudecer.* (EPT, p. 30)

En la Plaza de las Tres Culturas, en la Ciudad de México, hay una hermosísima placa, que conmemora la caída de la gran ciudad indígena de Tlatelolco, defendida por el caudillo Cuauhtemoc, en manos de Fernando Cortés. Los mexicanos, que tuvieron en su Revolución el crisol para entenderse como una identidad cultural nueva y distinta, que antes no tenía un lugar en el mundo, escribieron en esa placa estas palabras: “*No fue triunfo ni derrota. Fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy*”. Este pensamiento, el más exacto que hayamos visto

sobre aquellos sucesos sintetiza muy bien la cuestión de nuestra identidad cultural: lo que pasó hace quinientos años en nuestras tierras no fue triunfo ni derrota, fue el difícil y dolorosísimo alumbramiento de un pueblo nuevo, de una nueva cultura, que hoy llamamos Latinoamérica. Y esta realidad de hoy no es la suma de las culturas amerindias, ni tampoco una réplica de la cultura hispana. Latinoamérica es un pueblo distinto, con una concepción del mundo propia y distinta a las demás.

Nuestra convicción es que cada uno de nosotros, de una u otra manera, es hijo no sólo de indígenas o sólo de españoles, sino que de los unos y de los otros. Que nuestra cultura lleva en su seno gran parte de lo mucho bueno y de lo mucho malo que ambos progenitores pudieron heredarnos, a veces, quizá, a pesar de ambos. Pero también sigue siendo nuestra convicción, sostenida en los testimonios de la historia, que el Evangelio fue uno de los factores prontamente asimilados, que se fundió con el alma quebrantada de los vencidos... que en su universalidad, la experiencia de fe cristiana dio acogida, y a veces una respuesta, al silencio so agonizar de la cultura caída... que ella se convirtió, por lo mismo, en el fuego acuñador del nuevo pueblo surgido de tan penoso alumbramiento.

3. El caso de Costa Rica:

¿Cuáles y cuántos son esos testimonios de la historia que hemos invocado para defender nuestras convicciones? Son muchos y de gran peso. Más de lo que algunos desearan. Es suficiente con acercarnos, sin pasiones ni prejuicios, a la realidad histórica de cada uno de los pueblos latinoamericanos. En este caso, nos bastará con mirar atentamente nuestra propia realidad, porque Costa Rica constituye, en efecto, un claro testimonio del proceso asimilador del Evangelio en el ser mismo de una identidad nacional. Quien quiera estudiar, objetivamente y sin pasiones, el ser de la nacionalidad costarricense, tendrá que tomar muy en cuenta la experiencia de fe cristiana y católica que ha hecho este pueblo, porque, como bien ha escrito Ricardo Blanco, *"en todo se vela acción incansable de la mano de la Iglesia en el continuo amasar del barrio patrio"* (HE, p. 14)

En estos quinientos años de historia patria, hay una huella clara, profunda e inconfundible de cómo el Evangelio se ha hecho vida, se ha "inculturizado" en nuestro país. Al menos estos diez grandes y decisivos renglones así lo patentizan, como lo sostuvimos en otra parte.

1. Geográficamente, tanto los nombres de los pueblos y las ciudades como el paisaje mismo, lleno de templos y ermitas, expresan la presencia vital del cristianismo en estos quinientos años.

2. Plaza y el templo al centro, enseñan una concepción del mundo y de la vida, que no se inventa ni se improvisa de un día para otro.

3. En el campo sociológico, las costumbres y las tradiciones que sostienen la convivencia social costarricense, también expresan esa presencia del cristianismo.

4. La beneficencia tiene en el país una fuerte raigambre cristiana: asilos y hospitales, refugios y asociaciones de ayuda tuvieron, y tienen, en los principios evangélicos su asidero.

5. La realización histórica del Estado costarricense también revela, con firmeza, esa asunción existencial de los valores evangélicos: los Patronatos Oficiales y un Estado Confesional así lo manifiestan.

6. Como consecuencia de lo anterior, la historia constitucional del país muestra, con la presencia de valores religiosos en cada Constitución, esa presencia cristiana ya cinco veces centenaria.

7. La legislación social costarricense tiene en los principios cristianos su génesis y su impulso. Toda ella nació al amparo de la Iglesia y de su Doctrina Social.

8. El desenvolvimiento de la educación en el país, desde sus orígenes, tiene en la experiencia de fe cristiana y católica su más sólido soporte.

9. La vida intelectual es otro de los renglones que patentizan la presencia de los valores del Evangelio en el ser de la nacionalidad costarricense. Desde el pasado hasta nuestros días, el aporte del cristianismo en este campo ha sido decisivo.

10. La cuestión de la herencia cultural indígena y su rescate histórico también tiene, en la Iglesia, un asidero incuestionable.

Pero de todos estos renglones, queremos destacar uno. Uno que impresionó profundamente al acucioso investigador don Constantino Láscaris. Uno que, por sí solo, patentiza la fuerza con que fue asimilado el anuncio del Evangelio en estas tierras: los nombres geográficos de los pueblos y de las ciudades de nuestro país. En su brillante **obra El Costarricense** dice: *"A juzgar por los nombres geográficos que aparecen en el mapa de Costa Rica, éste es el país más fervorosamente religioso del mundo"* (p. 332). Y acto seguido hace un estudio comparativo entre el santoral católico y la división territorial administrativa de Costa Rica, encontrando cosas muy interesantes, entre las cuales cuenta estas dos: *"Un caso interesantísimo de complejidad es el de que haya un lugar que haya sido bautizado San Josecito de Alajuéla, y otro, en cambio, con el contraste en la ubicación los diminutivos, San José de Alajuéla."*

Oí contar el problema con que se encontró un experto en cooperativas, cuando se llegó al punto de ponerle nombre a la que estaban organizando: abarcaba San Marcos, Santa María, San Ignacio, etc. En medio del problema de poner un nombre "sintético" y a la vez expresivo, que no fueran simples siglas, tuvo la inspiración y escribió: "Cooperativa de Todos los Santos"

Y de la comparación entre el santoral y la división administrativa, don Constantino Láscaris sacó este resultado: con el nombre de San Rafael, encontró 27 lugares. San Juan, 20. San Antonio, 19. San Isidro, 19 Los Ángeles. 17. San José, 16. Santa Rosa, 16. San Francisco, 14. San Pedro, 13. San Luis, 10. San Miguel, 12. Santa Ana, 8. Santiago, 8. San Jerónimo, 7. Santa Elena, San Pablo... San Ramón, 6. Y Santa Clara, 6. Y en cantidades menores: con repetición de 5, Santa Cruz y Santo Domingo. Con repetición de 4, San Blas, San Cristóbal, San Roque, San Vicente, Santa Bárbara y Santa Lucía. Con repetición de 3, San Gabriel. San Joaquín, San Juan y Santa Teresa. Con repetición de 2, La Asunción, San Carlos, San Felipe, San Josecito, San Basca, S Lorenzo, San Lucas, San Mateo, Santa Cecilia, Santa Gertrudis, Santa María, Santa Rita. Santa Teresita y Santo Tomás. Y una sola vez, Sagrada Familia, San Alberto, San Andrés, San Buenaventura, San Cayetano, San Cecilio, Sanchirí, San Clemente, San Dimas, San Gerardo, San Ignacio, San Jorge, San Juan de Dios, San Juan de Mata, San Juancito, San Marcos, San Nicolás, San Pedrito, San Rafaelito, San Sebastián, San Valentín, San Vilo, Santa Eulalia, Santa Inés y Santa Marta. Y termina diciendo don Constantino "sino me equivoqué al sumar, son un total de 336 Santos. De ellos Santos varones, 265" (ibid. pp. a36-7).

Este solo hecho patentiza, con una singular pujanza, la presencia del cristianismo en estas cinco centurias de historia patria, porque las designaciones topológicas no se improvisan de un momento a otro. Pero también muestra algo más profundo todavía: que la sociedad que hoy tenemos, que la cultura del presente, es lo que es, con sus defectos y virtudes, con sus méritos y deméritos, porque ha contado entre sus pilares fundamentales con la experiencia de fe cristiana y católica, asumida existencialmente.

Reflexión conclusiva:

Afirma Mircea Eliade que no será posible "jamás abolir definitivamente la necesidad de una experiencia religiosa"(TH, p. 414) Y tiene razón, pues el hombre es, por excelencia, un ser religioso. "Esta clase de comportamiento, ha escrito con acierto Juan De Sahagún Lucas, es constitutiva del ser humano y brota de la necesidad de comunicarse con el Infinito. La religión es la fuente última de que se alimenta

toda existencia humana y de la cual depende ésta en todos sus aspectos: la comunicación del hombre con Dios" (IH. p. 22).

Ni en América ni en alguna otra parte del mundo y de la historia, ha habido un pueblo de religión. También las culturas amerindias autóctonas tenían las suyas. Pero la cuestión es esta: ¿fue el anuncio del Evangelio un acto de dominación cultural? ¿Tiene algún sentido la evangelización en el contexto desde un mundo pluralista y respetuoso del pensamiento ajeno? Juan Pablo II, en la *Redemptoris Missio*, afirma: "A la pregunta ¿Para qué la misión? respondemos con la fe y la esperanza de la Iglesia: para abrirse al amor de Dios, q es/a verdadera liberación. En él, sólo en 6 liberados de toda forma de alienación y extravío... Jesús vino a traer la sa1 integral, que abarca a hombre entero ya todos los hombres, abriéndoles los admirables horizontes de la filiación divina" (n. 11).

La presencia del Evangelio en Latinoamérica y su encarnación histórica por la evangelización tiene un sentido: *hacer crecer al hombre... contribuir a la planificación del ser humano... colaborar con la construcción de un mundo cada vez más digno de los hijos de Dios...* Bajo ningún punto de vista es aceptable que un creyente si se pinta avergonzado de la evangelización de entonces Nuevo Mundo, como ya han afirmado, llegando al colmo de sostener que los cristianos *tenemos que pedir perdón a la humanidad por haber bautizado a los indios, haber avasallado su cultura y haberles impuesto nuestra visión del mundo...*

El hombre tiene necesidad religiosa. Tiene sed de Dios. Puede encontrar la gracia de Dios aun en experiencias religiosas ajenas a los valores del Evangelio. Pero, como ha dicho Juan Pablo II todo ello "no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todas las pueblos"(RM, n. 55) y que a nosotros se nos ha regalado desde hace quinientos años.

Marco Bibliográfico:

- Blanco Segura, Ricardo, *Historia Eclesiástica de Costa Rica*. San José: ECR, 1967. (HE)
- CELAM, *Documento de Puebla*. San José: Ludovico, 1985. (DP)
- Concilio Vaticano II, *Constituciones, Decretos y Declaraciones*, España: BAC, 1965. (CV)
- De Sahagún Lucas, Juan, *Interpretación del hecho religioso*, España: Sígueme, 1983. (IH)
- Eliade, Mircea, *Tratado de Historia de las Religiones*. México: Era, 1975. (TH)
- Escuela Para Todos, *Libro Almanaque 1992*. San José: Trejos, 1991. (EPT).

Juan Pablo II, ***Euntes in Mundum***. Carta Apostólica con ocasión del Milenio del Bautismo de Ru' de Kiev, 25 de enero de 1988. Roma: Editrice Vaticana, 1988. (EM)

, ***Los Caminos del Evangelio***. Carta Apostólica con motivo del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo, 29 de junio de 1990. Roma: Editrice Vaticana, 1990. (CE)

, ***Redemptoris Missio***. Carta Encíclica sobre la permanente validez del mandato misionero, 7 de diciembre de 1990. Roma: Editrice Vaticana, 1990. (RM)

Láscaris, Constantino, ***El costarricense***. San José: EDUCA, 1982. (CO)

Pablo VI, ***Evangelii Nuntiandi***. Exhortación Apostólica acerca de la Evangelización del Mundo Contemporáneo, 8 de diciembre de 1975. San José: CECOR, 1982 (EN)

Soto Valverde, Gustavo A., ***Los 500 años de la Iglesia Católica de Costa Rica***. San José: CECOR, 1992, (QA)